

EL CLUB DE DAKAR

El Club de Dakar se creó el 4 de diciembre de 1974, tras una reunión de dos días celebrada en aquella capital por destacadas personalidades europeas y africanas del campo económico, como un organismo para la discusión de los problemas de desarrollo tercermundistas, tomando como modelo al prestigioso Club de Roma.

Los objetivos del mismo, según expuso su director en el acto fundacional, consisten en «trabajar por una distribución más equitativa de las actividades agrícolas e industriales entre los países desarrollados y aquellos en vías de desarrollo y la transferencia de recursos financieros de los primeros a los segundos».

Es decir, constituye fundamentalmente un instrumento más en la creación del Nuevo Orden Económico Internacional, aquella idea enunciada hace un cuarto de siglo por el economista argentino Raúl Prebisch y que hoy se ha convertido en piedra angular de las relaciones del Tercer Mundo con los países industrializados, como vehículo para superar su nivel de subdesarrollo.

La forma de cumplir tales objetivos, según uno de los documentos oficiales de la organización, consistiría en lograr un acuerdo entre ambos grupos de países para la implantación en aquellos que se encuentran en vías de desarrollo de actividades industriales antes limitadas principal o exclusivamente a los países industrializados¹.

En el caso concreto de los nuevos Estados africanos, a cuyo ámbito se han reducido hasta ahora las actividades del Club de Dakar, si su nivel de desarrollo industrial aspira o ha logrado superar la etapa de sustitución de importaciones esenciales, la fórmula de cooperación no puede ser otra, y así ha sido aceptado por aquella entidad, que la transferencia de tecnología de las naciones occidentales a las africanas.

Y en esta línea, tras largas deliberaciones entre representantes de

¹ HOWARD SCHISSEL: «Club of Dakar — An aid for African industry, of for the French», en *New African Development*, Londres, abril 1978, p. 55.

ambos grupos, el Club propuso dos tipos de industrias que podrían transferirse con éxito al continente africano.

En primer lugar, aquellas dedicadas a la transformación de materias primas producidas localmente, lo que evitaría los elevados gastos de transporte al elaborarse *in situ*, y en esta categoría el Club ha seleccionado las de abonos, papel y muebles.

Y en segundo lugar, las que no exigiesen una elevada inversión de capital y sí abundante mano de obra, habiendo sugerido el Club de Dakar en este campo las industrias dedicadas a la fabricación de bicicletas, motocicletas, calzado, textiles y al montaje de aparatos de radio y televisión².

Los fundadores del Club de Dakar fueron cincuenta personalidades representativas de sectores económicos de los siguientes países: Alto Volta, Bélgica, Costa de Marfil, Camerún, Estados Unidos, Francia, República Federal Alemana, Gabón, Gran Bretaña, Holanda, Italia, Malí, Níger, Nigeria, Senegal, Suiza, Túnez y Zaire, acordándose en la reunión inaugural que el número de miembros no fuese superior a 150, tanto de los países desarrollados como de aquellos en vías de desarrollo.

De hecho, el Club se limita actualmente a ser una entidad afro-occidental, participando en la misma ocho naciones africanas: Alto Volta, Camerún, Costa de Marfil, Gabón, Níger, Senegal, Malí y Zaire —todos ellos, por cierto, miembros de la Agencia para la Cooperación Cultural y Técnica³ de matiz francófono— y representantes de diversos sectores económicos —estatales y privados—, países occidentales, organizaciones internacionales y profesionales independientes.

Con lo que se ha convertido en la práctica en un instrumento más para el desarrollo del continente africano, entre los infinitos surgidos con el mismo objeto durante los últimos veinte años y, dentro del esquema de bloques de poder en presencia en el mundo, claramente de tendencia pro occidental y favorecedor —como veremos— de la empresa privada como instrumento para el desarrollo económico tercermundista y, concretamente, africano.

Dado su carácter no estrictamente oficial, de «foro», tal como fue calificado en la reunión fundacional⁴, informal y no vinculante para los gobiernos en sus decisiones, el Club ha carecido hasta ahora de una coordinación regional y ha funcionado como una entidad, un

² *Loc. cit.*, p. 55.

³ Todos ellos lo son de pleno derecho, excepto Camerún, que es Estado asociado.

⁴ Véase, como ejemplo de un organismo internacional definido en términos similares, el artículo del autor en el número 117 de esta REVISTA (septiembre-octubre de 1971) sobre el desaparecido ASPAC.

EL CLUB DE DAKAR

tanto fluida por su propio carácter, en la cual los Estados africanos participantes han procurado por su medio atraer inversiones extranjeras de interés.

El director del Club desde su creación ha sido Mohamed Diawara, antiguo ministro de Planificación Económica de Costa de Marfil, recientemente nombrado para un alto cargo en el Banco Mundial.

En la sesión inaugural se nombró igualmente un Comité especial de ocho miembros, presidido por el ministro senegalés de Desarrollo Industrial, Louis Alexandrenne, para que contactase a especialistas en temas económicos y encargase estudios relativos a los objetivos de la entidad.

Su presupuesto inicial se calculó en 240.000 dólares anuales, que se financiaría con subvenciones de entidades públicas y privadas, así como con aportaciones gubernamentales.

Reflejo de su tendencia favorable al sector privado lo encontramos en los acuerdos adoptados en la tercera sesión plenaria del Club, celebrada en Abidjan del 29 de noviembre al 2 de diciembre del pasado año.

En la misma se recomendó a los países industrializados—ya fuesen de economía libre o centralizada—que elevasen su ayuda al desarrollo al 1 por 100 de su PNB, haciéndose eco de una idea tan reiterada en los areópagos internacionales como inaplicada en la práctica, a excepción de algunos emiratos petroleros, que precisamente no caen dentro de la categoría prevista.

Igualmente recomendó a los países no industrializados que cuentan con recursos financieros que aumentasen, en el plazo de cinco años, su ayuda al desarrollo de los menos favorecidos hasta «al menos el 5 por 100 de sus ingresos por exportación», sugerencia que, evidentemente, se dirige a los miembros de la OPEP.

También recomendó el establecer un orden de prioridades para los proyectos agrícolas e industriales aprobados por los gobiernos de los países del Tercer Mundo, así como medidas tanto para estabilizar los ingresos provenientes de la exportación de materias primas como para asegurar el suministro regular de las mismas a los Estados industrializados.

Instó también, tanto a los países industrializados como a los del Tercer Mundo, el cooperar en la búsqueda de nuevas fuentes de materias primas, y propugnó un programa internacional para el estudio de los problemas del desarrollo en los países tercermundistas.

El Club aprobó, por último, en la reunión de Abidjan, un proyecto de Carta, cuyos signatarios se comprometerían a conceder prioridad

en los programas de desarrollo exterior a aquellos sectores industriales hasta ahora monopolizados por países desarrollados, garantizando un mercado para los artículos industriales producidos en los Estados tercermundistas participantes.

Como contrapartida de estas concesiones por parte de las naciones industrializadas, los signatarios tercermundistas se comprometerían a no aumentar los impuestos a las nuevas compañías que se estableciesen en ellos, a permitir la repatriación en divisa convertible de los salarios de los técnicos extranjeros durante el plazo de diez años y a garantizar su nivel de ingresos y condiciones de trabajo.

Dada la evidente orientación pro occidental o capitalista de la entidad objeto de este estudio, y el hecho de que haya dedicado su actividad, hasta el presente, al continente africano, inmerso en los problemas y tensiones de la muy vigente guerra fría, ha hecho que desde sectores perfectamente previsibles hayan sido objeto de críticas los objetivos y actuación del Club de Dakar.

Por una parte ha sido criticado por la índole de la transferencia industrial y tecnológica que se ha propuesto realizar en los países africanos, críticas cuyo contenido nos es harto familiar: la instalación de industrias anticuadas y contaminantes no deseadas por los países industriales de Europa occidental, y por otra parte, el atribuirle una mediatización francesa, considerándole como un instrumento de penetración y mantenimiento de la influencia gala en Africa—en este caso en el terreno industrial—, similar a otros muchos organismos e instituciones de tal orientación como el Consejo de la Entente⁵; las Conferencias Presidenciales franco-africanas⁶; la Asociación Francófono de Recepción y Enlace o la Agencia para la Cooperación Cultural y Técnica.

Acusaciones negadas en forma terminante por su director, que ha reafirmado en una reciente rueda de prensa celebrada en París que la única preocupación de la entidad objeto de nuestro estudio consiste en «la transferencia tecnológica sin connotaciones ideológicas».

Hasta la actualidad su actividad y realizaciones, dado que se encuentra en período de rodaje, han sido limitadas tanto más cuanto que el continente africano se encuentra en una etapa de transición y crisis, y son bastantes las organizaciones y acuerdos internacionales, en el marco de ese continente, cuyos objetivos son paralelos o concurrentes con los del Club de Dakar.

LUIS MARIÑAS OTERO

⁵ Vid. artículo del autor en el número 142 de esta REVISTA (noviembre-diciembre 1975).

⁶ Vid. artículos del autor en los números 148 y 152 de esta REVISTA.